

Nuestra América

RICARDO ALFREDO BELLO*

Los dos últimos libros de José Manuel Briceño Guerrero, **Discurso salvaje** (Fundarte, 1980) y **Europa y América en el pensar mantuano** (Monte Avila, 1981), presentan una óptica de enfoque de la historia y de los problemas de nuestra América tan distinta a lo que estamos acostumbrados a leer, que pensamos que no tiene parangón alguno con otros pensadores latinoamericanos, contemporáneos o preteritos.

En el segundo libro mencionado, **Europa y América en el pensar mantuano**, Briceño Guerrero explica, desde el punto de vista del Occidente cristiano, cuáles fueron las metas de la Conquista que emprendió en América Europa, a través de España, a partir del siglo XVI y cuáles han sido las pautas generales de desarrollo cultural a partir de entonces. Decíamos que el estudio que adelanta de la identidad de Europa y de América está hecho a partir del interés de la España cristiana y realmente pareciera que a veces hablara algún culto conquistador o algún intelectual que se hubiese quedado en la península. En el prólogo, aclara Briceño, "El relator ficticio encarna la actitud y postura fundamental (identificación de América con el Occidente cristiano) que quiero mostrar al lector".(1) Pero muchas veces este relator cae en contradicciones, como el mismo Briceño también lo advierte, que nos señalan la presencia de actitudes y posiciones que no hubieran podido ser sustentadas por algún funcionario o soldado del Imperio. De repente parece que estuviera hablando algún criollo, a veces un pardo; otras veces sentimos que es el mismo Briceño que nos dirige la palabra desde Mérida en estos años ochenta. Pero siempre sentimos al hombre profundamente religioso detrás de todas las afirmaciones, al hombre que culpa del deterioro y la decadencia de la sociedad contemporánea al ateísmo, tanto al ateísmo de Europa de los siglos XVII y XVIII como al de nuestro tiempo. La misma queja, el mismo reclamo: ¿Por qué nos hemos alejado de Dios?

En el **Discurso salvaje** Briceño cuestiona los resultados de esa incorporación forzada a la historia de Occidente que fue la Conquista Española. El descubrimiento de América planteó una lucha entre Occidente y lo No-Occidental presente en las culturas aborígenes de América y en la de los esclavos traídos del continente africano. Esta lucha sigue teniendo lugar, piensa Briceño. Persiste una resistencia extraña, oculta, quizás inconsciente, a la progresiva occidentalización que se observa en todas las sociedades contemporáneas; es esa oposición ladina a todo esfuerzo o disciplina de la que se quejan los patrones, jefes y autoridades, es ese permanente sabotaje que consiste en no poner todo de nuestra parte. Y en ese sentido este libro es una indagación a la conciencia del mestizo cultural que somos todos.

El estilo del **Discurso salvaje** es contradictorio, parece como si hablaran distintos personajes al mismo tiempo: el policía y el revolucionario, el indígena y el conquistador. Nos oponemos a Occidente, pero nuestros revolucionarios son los más occidentales de todos. Rechazábamos la Conquista y argumentábamos con las ideas de Montesquieu y Rousseau. Nos oponíamos a la presencia de Occidente en nuestro suelo y nuestras armas se inspiraban en el Iluminismo. Desde el siglo XVII hasta la fecha, desde Clavijero y Pedro José Márquez, pasando por Fray Servando, Teresa de Mier, Miranda, los Románticos, Positivistas y Marxistas, todos los pensadores en su lucha independentista, sea esta militar o mental, han ido a la zaga de las ideas de Europa, aunque después le hayan implantado el sello americano. Mientras más buscábamos la independencia, con mayor fuerza caíamos en la dependencia.

Pero Briceño Guerrero se aparta del camino que han tomado otros filósofos latinoamericanos. Pensamos que Leopoldo Zea pudiera ser un punto de comparación ejemplar. La crítica que el filósofo mexicano le hace a Occidente es la de no haber reconocido en América, o en África o Asia, la humanidad de sus habitantes. Occidente ha utilizado a estos continentes, los ha visto como objetos de uso, no de igual a igual. En su expansión, Occidente incorporó a esos pueblos a su historia. Ahora, se ve ac-

sado por ellos. Reclaman lo que les pertenece como legítimos ciudadanos de Occidente: libertad de autodeterminación política, desarrollo económico y riquezas espirituales. Sartre, Camus y Merlau-Ponty, entre otros, han sido los que han puesto el dedo en la herida y reconocido, desde los centros de poder, el inalienable derecho de esos pueblos de gozar de las prerrogativas que les corresponden, aun por la fuerza. Y de todas maneras, allí están Ho Chi Min, Fanon y el Che Guevara si es que Occidente no quiere otorgarlos. Esta es la óptica de Zea y la generalizada por los demás, por casi todos los pensadores de las regiones que fueron incorporadas a la fuerza a la civilización de la Europa Primera y Segunda, según la terminología del propio autor del **Discurso salvaje**.

La problemática que plantea Zea es una que se resuelve en el ámbito de Occidente; la de Briceño fuera de él. Briceño se rebela a integrarse: "Véase al fin claro. Para mí la lucha social dentro del marco de Occidente equivale a una claudicación cultural".(2)

Briceño propone otra salida. Un cuádruple camino que aclara y escenifica su decisión de rechazar a Occidente y afirmar su alteridad: rebeldía —de acuerdo a cánones no-occidentales—, sumisión —al diferenciarse del amo y no intentar imitarlo—, la infiltración de las formas culturales occidentales y, el más importante de todos los caminos, el retorno al país natal, el regreso al origen; y uno de los caminos que conduce a él es "Hacia arriba. El país natal resplandece más allá de las nubes, en la Presencia. De allá caímos. De allá vinieron los instructores. De allá viene nuestro socorro. De allá bajan los dioses cuando los invocamos. Preparemos el retorno: todo lo que no es luz es lastre. Concentremos el anhelo y la voluntad para no caer ni errar entre las nubes".(3)

En **Europa y América en el pensar mantuano** Briceño Guerrero propone una caracterización del estado cultural español durante los siglos de la Conquista, que ayuda a explicar las causas de la decadencia del Imperio y sus consecuencias en la América recién colonizada. Cuatro principios equilibrados entre sí, argumenta Briceño, sostenían a la Euro-

* Estudiante de post-grado en la Universidad Simón Bolívar en la mención Maestría en Literatura Latinoamericana.

pa de los siglos XV y XVI: el cristiano, el señorial, el imperial y el racional.

El principio cristiano es inseparable del catolicismo y lo caracteriza el monoteísmo, la separación ontológica entre lo divino y lo natural, el posible acercamiento entre Dios y el hombre a través de la oración y la conducta cristiana, la regla de oro de la fraternidad —Ama a tu prójimo como a ti mismo— y el desprecio de los bienes materiales del mundo. Esta serie de actitudes y creencias culminan en el ideal de santidad, meta de la vida terrenal.

El principio señorial se nutre de la conducta atávica del hombre: la agresión como consecuencia de la defensa del territorio. Crea la nobleza y pone énfasis en las relaciones humanas de persona a persona "con valoración máxima de lo individual concreto". (4)

El principio imperial implica la existencia de territorios muy extensos y diversos donde el poder político se ejerce de una manera vertical e impersonal. Implica también la creación de un vasto Estado burocrático que transmite las órdenes del Emperador.

El principio racional nace en Grecia y es parte esencial del destino de Europa. "El europeo —explica nuestro meridense— en la medida en que es griego, opone a la realidad el pensamiento; se fabrica modelos teóricos con lo que sabe de ella y los cambia al aumentar su conocimiento, de tal manera que

avanza hacia la correspondencia total y exacta entre ser y pensar, realidad y representación". (5)

Estos principios se mezclan entre sí, se comunican, a pesar de ser totalmente diferentes. Y de la unión de ellos salen muchos episodios de la historia occidental.

De la interacción del principio cristiano y señorial, a pesar de que ambos luchan por dos reinos distintos y hasta opuestos —uno temporal, el otro espiritual—, nacen el caballero andante, noble y cristiano, las Cruzadas y las órdenes de caballería.

El principio imperial tiene vocación totalitaria; el principio cristiano florece en el individuo. Sin embargo, al aliarse, aparece la Iglesia organizada como Estado planetario. Y en oposición a esa unión, nacen los rebeldes espirituales, los místicos, herejes y heterodoxos.

El perenne debate entre la fe y la razón tuvo comienzo al enfrentarse el principio cristiano con el racional. El primero se basa en la Verdad revelada; el segundo en la ciencia experimental y en el intelecto humano. El Derecho Canónico y la Escolástica son dos de sus mejores frutos.

Fue realmente difícil sostener un equilibrio entre el principio señorial con su valoración de la individualidad y el principio imperial que creaba un ejército de funcionarios impersonales. Cuando se respetaba el ámbito de cada uno, había cierta justicia y mayor democracia.

Los mecenas, el despotismo ilustrado, el jerarca legislador, son todos creaciones del encuentro del principio señorial con el racional.

El principio imperial y el racional no deberían llegar a unirse. Esa unión, piensa Briceño, sólo puede ser fruto de alguna degradación en el cuerpo social.

Después de haber explicado la naturaleza y la interacción de los cuatro principios fundamentales del desarrollo europeo, Briceño pasa a explicar lo que nos da la clave de su pensamiento: la corrupción europea, la decadencia del Imperio, la Europa Segunda. Decíamos que un equilibrio estable de los cuatro principios fundamentales garantizaba una sociedad justa, sana y creativa. Bueno, la decadencia de Europa es producto del debilitamiento de los principios cristiano y señorial y del fortalecimiento de los principios imperial y racional. La vinculación del hombre con su Creador es la relación que se ha visto más afectada. El meollo de la argumentación sostenida por nuestro ensayista es la creciente disminución de la religiosidad:

"De lo que se trata es del olvido de Dios. El hombre está por encima del mundo, pero por debajo de Dios; al olvidar esto último comienza a manipularlo todo como si fuera Dios y termina manipulado por sus propias creaciones. Al perder la conciencia de estar bajo el poder de Dios, pierde la rebeldía contra sus propios inventos, porque, paradójicamente, la altivez de la libertad creadora y la soberanía sobre sus creaciones sólo pueden venirle del reconocimiento de su finitud, de la entrega al infinito amoroso que lo salva de la muerte respetando su individualidad. Cuando se desliga de la gracia divina, sus obras lo esclavizan. Es libre; digno, mientras tiene la altivez de bajar la cabeza ante su Creador para decir 'Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por todos los siglos de los siglos. Amén'". (6)

El sentir religioso es fundamental para nuestro profesor de la ULA y en este sentido su visión es única, prácticamente sin paralelo en la historia del pensamiento latinoamericano. Muchos críticos suyos estarán tentados a compararlo con el conservador chileno Carlos Walker Martínez, el que en una sesión del Congreso de ese país sureño ponía como ejemplo a la élite política norteamericana que, al conmemorar el aniversario de alguna batalla famosa, se descubría la cabeza y rezaba el Padre Nuestro. Comentaba Walker Martínez aquel acontecimiento de esta manera:

"De fanatismo, de sectarismo calificarían sin duda nuestros liberales el acto de los norteamericanos... ¡Allá no! Allá los norteamericanos juzgaron la cosa más natural del mundo hacer pública manifestación de piedad en un aniversario tan solemne. ¿Y en qué consiste esa diferencia? En lo que en alguna otra ocasión tal vez he dicho: en que aquí domina el liberalismo jacobino, el que nació entre las risas luciferinas de Voltaire y se alimentó con la sangre de las víctimas de Robespierre y los suyos, y no el liberalismo de los yankees". (7)

Quizás estén tentados a reprocharle su espiritualidad o a compararlo también despectivamente al colombiano Miguel Antonio Caro o a algún otro de los tantos pensadores conservadores de América Latina. Me imagino que en un ambiente como el nuestro, tan reacio a valorar cualidades espirituales netamente religiosas, deben sobrar sus detractores. José Manuel Briceño es polémico; pero para aquellos que consideran a la vida espiritual lo más importante del hombre, resulta un alivio encontrarse



con él.

Briceño rechaza el creciente opacamiento, tal como hemos visto, del principio cristiano. Y su denuncia del principio imperial, en deterioro del señorial, trae al tapete otra faceta, también constantemente presente en su pensamiento; hablo del rechazo a Occidente:

"No serviré a América con su vocación universal, sea ficción de Occidente.

La razón segunda es un invento imperial, un artificio bélico, una forma dominante de conocer. La voluntad occidental de poder quiere universalizar, hacer e pluribus unum, reducir la multiplicidad de mundos culturales a la unidad de su mundo, meter en su círculo estrellas y canciones, océanos y mitos, pájaros y parentelas, caléndulas y juegos infantiles, que pasen todos por su aro, que obedezcan todo el chasquido de su látigo intelectual, que bailen todos con su música.

No serviré. Quiero un mundo desigual y disperso, heterogéneo, donde sea posible el despliegue de las mil formas salvajes del fuego".(8)

Se habrá dado cuenta el lector que he citado al **Discurso salvaje** mientras hablaba de su otro trabajo. No cuesta nada hacerlo porque detrás de la aparente heterogeneidad de estilo y temática, ambos trabajos comparten, por un lado, la certeza de la existencia de Dios y, por otro, la irreductible oposición a Occidente. Es esta segunda oposición la que nos impide clasificarlo como un integrante más de esos grupos políticos extremistas tales como "Familia, Tradición y Propiedad", formado por jóvenes de clase acomodada que a veces se ven por algunas esquinas del este de la ciudad lanzando voces de alerta ante el posible aniquilamiento y exterminio de la civilización cristiana occidental por parte del comunismo. Briceño Guerrero rechaza al ateísmo, pero rechaza así mismo el progreso propuesto por las élites políticas de las sociedades capitalistas y socialistas.

Y hay en esta rebeldía una nostalgia por la barbarie en la que está implícita una defensa de las culturas aborígenes. Indígenas que sabían vivir en comunidad, que respetaban a la naturaleza, que no cometían irreparables crímenes ecológicos. Comunidades sin vocación imperial, en paz consigo mismo. Se vislumbra la voluntad de regreso al país natal:

"...Occidente nos separa de nuestro origen, nos desarraiga. Caiga Occidente y se levantarán nuevos



de nuevo, los antiguos mitos y ritos, el antiguo bullir, el antiguo esplendor de los días felices. Caiga Occidente y creceremos, lozanos, como la vegetación. Sobre las ruinas".(9)

Briceño examina en estos dos últimos libros suyos otros temas: la educación, la libertad, la revolución. Pero lo distinto, lo diferente, lo constituyen las opiniones que él sustenta al respecto. Opiniones que hay que considerar y pensar al margen de "la algarabía, el alboroto de los ideólogos y propagandistas".(10)

En un momento dado opone una especie de sociedad patriarcal al mundo de los gulags y de la empresa privada. En otro lugar despotrica contra "la elevación del nivel internacional de las poblaciones" propuesta por la Europa Segunda:

"Por su parte, el principio racional, envalentonado contras las verdades de la Revelación, usa la imprenta para divulgar apresuradamente los precarios resultados de una ciencia naturalista encaminada hacia el poder, para propagar la nefasta ilusión y cruel de que es posible alcanzar la felicidad por el conocimiento segundo y su aplicación técnica, la sangrienta utopía de que en este mundo el hombre puede construir la ciudad de Dios laicizada. No es conocimiento sólo lo que se difunde, sino también, y sobre todo, una ideología herética ciega a la trascendencia".(11)

Afirma que "nuestra meta es reinstaurar la comunidad cristiana primitiva dentro de la modernidad".(12) Y, que "sin sacerdote no hay comunidad cris-

tiana; pero cura, no aspirante a papa, a consejero de Estado o a superhombre manipulador".(13)

Es difícil encasillar a nuestro meridense en alguna tendencia filosófica latinoamericana pero lo cierto es que goza de un gran número de adeptos en las ciudades del interior del país y en la misma capital. Afortunadamente.

NOTAS

- (1) Briceño Guerrero, José Manuel. **Europa y América en el pensar mantuano**. Caracas, 1981. Monte Avila Editores, Colección Estudios. Pág. 8.
- (2) Briceño Guerrero, José Manuel. **Discurso salvaje**. Caracas, 1980. Fundarte, Colección Delta No. 4. Pág. 42.
- (3) Op. Cit. Pág. 135.
- (4) **Europa y América...**, pág. 41.
- (5) Op. Cit., pág. 24.
- (6) Op. Cit., pág. 81.
- (7) José Luis Romero y Luis Alberto Romero (compilación). **Pensamiento conservador (1815-1898)**. Caracas, 1978. Biblioteca Ayacucho No. 31. Pág. 210.
- (8) **Discurso salvaje**, pág. 100.
- (9) Op. Cit., pág. 50.
- (10) Op. Cit., pág. 130.
- (11) **Europa y América...**, pág. 64.
- (12) Op. Cit., pág. 199.
- (13) Op. Cit., pág. 200.